

Las casas salesianas nunca cierran. Durante la semana se concentran en el trabajo educativo “normal”. Los fines de semana se abren de par en par para recibir una pacífica invasión. Es la oportunidad para los oratorianos. Cualquier hijo de vecino puede franquear sus puertas y encontrar allí un espacio acogedor donde divertirse, formarse o simplemente pasar el rato con sus amigos.

El oratorio salesiano tiene su magia. Música, fraternidad, deporte, religión, alegría son los ingredientes que



ORATORIOS:

INVASION PACÍFICA

atraen a niños, jóvenes y adultos como moscas a la miel. Es la oportunidad para quienes no tienen mayores oportunidades. Los otros, los que cuentan con recursos económicos, pueden disfrutar en playas, en el club exclusivo o en la excursión costosa. Para el pueblo “pueblo” está el oratorio.

A Don Bosco le acongojaba el corazón ver a tantos muchachos pobres viviendo una vida descolorida desprovistos de horizontes. Y se le ocurrió fundar esa “parroquia” original que congregara a los desheredados en clima de fiesta, donde la búsqueda de Dios se realizara en estilo juvenil y popular.

La celebración eucarística oratoria puede que haga fruncir el ceño a alguna piadosa señora acostumbrada a liturgias severas. Centenares de muchachos impacientes, en trajes deportivos multicolores, cantando y rezando con entusiasmo revuelto con pecadillos estéticos, más espontáneos que formales, componen una asamblea cristiana desconcertante para quien no está familiarizado con los ambientes salesianos.

En Centro América abundan los oratorios salesianos. Unos son multitudinarios, otros más modestos. Las ofertas atractivas varían de uno a otro. Pero todos tienen un dato común: el muchacho se siente a gusto en ese ambiente, como pez en el agua.

Los pocos salesianos que “descansan” el fin de semana en el trajín del oratorio están acompañados de un impresionante equipo de colaboradores laicos, hombres y mujeres. Algunos son veteranos en lidiar con generaciones de oratorianos. Otros son muy jóvenes. Todos prestan gratuitamente su fin de semana, y con frecuencia más tiempo, a la gratificante tarea de hacer felices a marejadas de niños, jóvenes y adultos.

De esta forma sigue viva entre nosotros la intuición genial de Don Bosco de traducir en clave juvenil y popular la alegre noticia de la salvación.

Heriberto Herrera
hherrera@telesal.net

Imagino que Don Bosco debe sentirse incómodo cuando se le coloca en un nicho de iglesia, rodeado de flores y veladoras. Don Bosco prefiere salir a caminar por los barrios periféricos de nuestras ciudades en busca de muchachos pobres y en peligro para invitarlos a su oratorio festivo.

El Oratorio fue su primera grande experiencia pastoral y, casi diría, la única; pues todo el posterior florecer de su obra no fue más que la expansión del oratorio: aulas, talleres, libros, iglesia, teatro, banda musical, misiones... fueron apareciendo a medida que el Oratorio lo requería.

Hasta la muerte conservó Don Bosco su cariño preferencial por el oratorio. Una tarde de 1885, conversando familiarmente con dos salesianos, les confiaba su visión del futuro: “Veo cada vez más claramente el glorioso porvenir que le espera a nuestra Congregación, destinada a propagarse y hacer mucho bien. Pero téngase por base que nuestro fin principal son los Oratorio festivos”. El tercer Capítulo General, presidido por el mismo Don Bosco, afirmaba en 1883: “Todos los salesianos estén convencidos de que el Oratorio festivo es un apostolado de suma importancia, ya que para muchos jovencitos, especialmente en las ciudades, es la única tabla de salvación”. En 1879 dio esta norma a madre Mazzarello: “Las Hijas de María Auxiliadora pueden aceptar nuevas obras, pero pongan siempre como condición poder hacer funcionar en ellas el Oratorio festivo y talleres para las jovencitas del pueblo”.

Un día el marqués Scati visitó a Don Bosco para agradecerle el envío de las Hermanas y le contó que ellas trabajaban maravillosamente en el Oratorio festivo; entonces Don Bosco comentó: “El Oratorio hace un bien inmenso. La escuela y los

Una idea genial de Don Bosco

Sergio Checchi
limana@hotmail.com



talleres traen grandes bienes, pero el Oratorio tiene una influencia mucho mayor e impide mucho mal”. El Oratorio conquista el ambiente y transforma los barrios; la historia salesiana está llena de ejemplos.

La cosa había comenzado mucho tiempo atrás. Hasta se puede decir que Don Bosco había nacido para el Oratorio. El mismo cuenta en sus memorias autobiográficas: “Muchas veces me han preguntado a qué edad comencé a ocuparme de los niños. Escuchen. A los diez años ya hacía lo que era compatible con esa edad: una especie de oratorio fes-



tivo”. Reunía a los compañeros de la aldea, les leía cuentos, les hacía juegos de destreza, caminaba sobre la cuerda como experto trapicista, y luego les repetía el sermón oído en la iglesia y los hacía rezar. Algo semejante sucedió cuando era estudiante de bachillerato en Chieri: “Me ganó el cariño de los compañeros. Empezaron a


venir para jugar, luego para oír historietas y para hacer los deberes escolares y, finalmente, venían porque sí. Para darles algún nombre a aquellas reuniones, acostumbrábamos denominarlas Sociedad de la Alegría”.

Pero el golpe decisivo fue cuando a los 26 años, joven sacerdote, entró a las cárceles: “Me horroricé al contemplar la cantidad de muchachos que estaban allí ociosos, faltos en absoluto del alimento espiritual y material. Entonces pensé: ¡Quién sabe si estos muchachos tuvieran fuera un amigo que se preocupara de ellos y los atendiera e

a las cárceles con los bolsillos llenos de frutas o de panecillos, con el objeto de conquistar a aquellos chicos que tenían la desgracia de ser encarcelados, hacérmelos amigos y lograr que vinieran al Oratorio cuando salieran de aquel lugar de castigo”.

Al principio faltaba todo, a veces incluso un prado donde reunirse, pero estaba Don Bosco; en él aquellos muchachos habían encontrado a un amigo, a un maestro, a un padre. Su presencia los llenaba de felicidad. Eran obreritos, muchos de ellos huérfanos, sin casa y sin instrucción. Para ellos, poco a

y patio donde encontrarse como amigos y pasarla bien”.

En 160 años de historia de este genial invento de Don Bosco, ¿cuántos barrios habrá transformado? ¿A cuantos miles de jóvenes habrá ayudado a ser “buenos cristianos y honrados ciudadanos”? 

Crear de nuevo el Oratorio

El Oratorio tiene ya una definición propia y hoy es concebido como un doble movimiento que no digo que todos lo realicen. El Oratorio es un lugar de encuentro físico, donde es posible formar una gran comunidad juvenil con márgenes abiertos, animada por un grupo que es más consciente de sus finalidades y de su dinámica, y donde es posible cultivar de manera continua propuestas educativas y poner en marcha actividades.

El Oratorio tiene también un movimiento de salida: va a buscar a los jóvenes como hacía Don Bosco, que iba por los lugares de trabajo a invitar a jóvenes a ir al Oratorio. No es posible educar en la calle de forma concreta, a no ser en casos de emergencia. La educación requiere también un cierto ambiente no cerrado, adonde se entra y se sale. Pero el trabajo de búsqueda de los jóvenes hay que hacerlo. Si un Oratorio hoy se limitase sólo a existir en su espacio físico y no tuviese capacidad para convocar, sería una institución absolutamente insuficiente para afrontar la realidad juvenil

Don Juan Vecchi
Rector Mayor



instruyera en la religión los días festivos, quién sabe si no se mantendrían “alejados de su ruina”. Y comenzó. La ocasión fue aquel famoso encuentro con Bartolomé Garelli. Era el 8 de Diciembre, fiesta de la Inmaculada Concepción. El domingo siguiente los muchachos ya eran ocho; luego, más y más. Hasta trescientos, cuatrocientos. “Dedicaba todo mi domingo a asistir a mis jovencitos; durante la semana iba a visitarlos en pleno trabajo, en talleres y fábricas. Esto entusiasmaba a los chicos, al ver que había un amigo que se preocupaba de ellos. Los sábados iba

poco, Don Bosco inventará las clases nocturnas, los talleres, el canto, la banda, el teatro, las fiestas, las excursiones, los juegos. Y un sistema educativo hecho de “razón, religión y cariño”. Sí, mucha religión: en el horario del Oratorio había catecismo, confesiones, misa.

Con gusto Don Bosco llamaba el oratorio “la parroquia de los muchachos abandonados”. Hoy los Salesianos tienen escrito que el Oratorio es para los jóvenes “casa que acoge, parroquia que evangeliza, escuela que encamina a la vida,

¿Cómo era el oratorio de Don Bosco?

Francisco Motto

Director del Instituto Histórico de la Congregación Salesiana

Don Bosco no inventó los Oratorios: existían desde hacía cientos de años. En Turín los comenzó el p. Juan Cocchi, de quien nuestro santo siguió las huellas y desarrolló su gran originalidad con éxito. No fueron sus oratorios como los

de Milán, donde empezaron, una obra parroquial, sino una propuesta de formación ofrecida a personas a la que la parroquia no podía atender. Para Don Bosco la ciudad no es el lugar del mal, sino la nueva realidad que emerge. Y es la misma sociedad urbana la que le indica las vías que hay que tomar: recoger jóvenes de la calle, sobre todo abandonados, ofrecerles un lugar de encuentro que sea también lugar de diversión, algo esencial para muchachos, darles una cultura de base que no

los dejara desarmados frente a la nueva realidad y, en consecuencia, ofrecerles la posibilidad de un trabajo. La base de todo será la formación religiosa, condición preliminar para reforzar valores morales.

Así fue como la obra de Don Bosco en Valdocco de Turín primero se convirtió en lugar de paso y de inculturación de los jóvenes que desde el campo venían a la ciudad a causa de la industrialización; y ese primer encuentro-choque con la modernidad los desorientaba.

Así fue el Oratorio fundado por Don Bosco. Comienza recogiendo a muchachos capaces para las actividades relacionadas con la construcción y las obras públicas, desde los 8 a los 20 años, algunos salidos de prisión. La afluencia de esos

La organización de ese Oratorio tenía sus reglas concretas y sus amplios márgenes de adaptación a diferentes tipologías de jóvenes. Esto también valía para la oración, frecuente y nunca olvidada, pero lejana de los esquemas clásicos de



muchachos era variada: entradas y salidas se sucedían continuamente; había quienes asistían sólo por la tarde, otros más pequeños venían sólo los domingos y los días de fiesta. Casi todos provenían de la periferia de la ciudad y de las zonas rurales y eran, en su mayor parte, huérfanos y muchachos de la calle, a muchos de los cuales salía él a buscarlos donde se hallaran. El domingo por la tarde, Don Bosco los reunía y les daba las recomendaciones de un buen padre de familia.

la vida parroquial de entonces. Fiesta, alegría y ambiente familiar fueron elementos fundamentales de su formación religiosa. El objetivo final del Oratorio era ciertamente la salvación del alma, pero los instrumentos y los métodos cambiaban: el miedo y el temor fueron sustituidos por la alegría, la amabilidad, la ternura, la paternidad. El juego era compartido por Don Bosco y los que lo ayudaban, y más tarde por sus seminaristas, y esto adquiría valor pedagógico.

LOS ORATORIOS EN CENTROAMÉRICA

19 oratorios

57 salesianos activos en ellos

407 laicos empeñados en la animación: mitad hombres, mitad mujeres.

Participan en actividades deportivas organizadas:

5968 niños

4273 adolescentes

3820 jóvenes

18 funcionan los domingos.

15 funcionan también los sábados.

8 están abiertos entre semana.

19 organizan actividades deportivas.

19 ofrecen formación cristiana.

10 promueven actividades culturales.

13 cuentan con un consejo directivo.

Los animadores reciben formación específica:

semanal (9 oratorios).

quincenal (5 oratorios).

ocasional (5 oratorios).



Cambió el estilo del sacerdote y sacramento separado, para transformarse en un cura comprometido, que participaba y compartía todo con los jóvenes; y ellos no lo consideraban un personaje lejano sino un compañero de juego y de la vida.

Durante un tiempo los jóvenes provenían del mundo del trabajo y tenían necesidad de una formación cultural de base, una profesión y escuela de religión. Luego añadió las escuelas elementales diurnas, también las escuelas medias, el internado, los talleres de artesanos.

La fundación del Oratorio Don Bosco de San Salvador

Alejandro Hernández
heredia@ufm.edn.gt

En 1999, mientras investigaba en el archivo histórico del arzobispado de San Salvador, encontré en la p. 52-53 del libro de Acuerdos de 1901-1906 la siguiente anotación: la Asociación de María Auxiliadora solicitaba al obispado la autorización para celebrar la misa los domingos y días festivos en el oratorio festivo “que está para inaugurarse” en el Barrio de Concepción y que estaría a cargo de los R.R.P.P. Salesianos. La solicitud tenía la fecha de 28 de noviembre de 1901 y entre las firmantes estaban la conocida cooperadora Angela Figueroa de Lozano –presidenta-

y María S. González. La respuesta diocesana fue favorable (30 XI 1901).

Desde el primer año de presencia salesiana en El Salvador, 1898, hubo actividad oratoriana. Basta recordar las palabras del P. Misieri narrando cómo invitaron a los muchos jovencitos pobres de los alrededores para ofrecerles educación cristiana y sana recreación. Era

lo único que podían ofrecerles en ese momento. No pasó mucho tiempo cuando el recién nacido colegio Santa Cecilia abrió también las puertas de su propio oratorio: el San Luis. Esto sucedía a mediados de 1899. Para ese entonces, o poco después, se contó con una tercera presencia oratoriana: el Oratorio Festivo Don Bosco, ubicado entonces en las afueras de San Salvador.



Desde el primer año
de presencia salesiana
en El Salvador,
1898, hubo activi-
dad oratoriana

También el P. José Misieri relata cómo un domingo de 1899 [¿?] llegó a la finca Modelo el doctor Ramón García González a ofrecer un terreno. Este distinguido ciudadano habría quedado gratamente impactado cuando al llegar vio la alegría y el bullicio de los oratorianos e internos que se entretenían jugando. En ese momento no le quedaron dudas de que quería una obra similar en el sector este de la capital. Por esa razón invitó a que fueran a ver el terreno. Y en cosa de semanas, según Misieri, se habilitó: escritura de donación, desmonte, más una construcción de 40 x 10. “El primero de Mayo de 1899 se bendijo el cobertizo, y desde entonces sirvió de capilla para el oratorio festivo, que se empezó ese mismo día.” Los sábados por la tar-

pedra del nuevo instituto en San Salvador, todo debido a las diligencias de “nuestros buenos cooperadores salvadoreños”.

El “clérigo” Pedro Martín, 18 febrero de 1901, escribiéndole también a su superior Durando le cuenta que cada domingo por la mañana juntamente con un sacerdote y otro salesiano van al “oratorio festivo que se ha abierto en San Salvador” al cual asiste un bonito número de muchachos.



de el coadjutor Tosini iba a limpiar el patio y la capilla. Al día siguiente llegaban muchos jóvenes que eran atendidos por un sacerdote. Así se habría trabajado por más de cuatro años. El desayuno y almuerzo de los salesianos corría por cuenta de Doña Angela. Y fue hasta 1904 que, además del “viejo” oratorio, se tuvo la primaria.

Esteban Tosini, desde Santa Tecla, relata al inspector Durando –Italia- que el próximo 8 de noviembre 1900 sería colocada la [primera]

bien” por falta de sacerdotes. Únicamente había funcionado por un mes, pero fue cerrado debido a la enfermedad del P. Olobardi. Lo estaban frecuentando más de 200 jóvenes, y habrían aumentando de no haberlo clausurado.

Aunque los salesianos suspendieron el oratorio, los cooperadores u otros simpatizantes siguieron construyendo, y escribieron a Don Rúa para pedir dos sacerdotes que dirigieran el oratorio.

“Allí pasamos la jornada por una parte en medio de alboroto y distracciones, y por otra parte enseñando el catecismo”.

Desde Santa Tecla el director Misieri escribía al P. Durando, 8 de junio, que había tenido que cerrar el citado oratorio “donde se haría tanto

Las cosas mejoraron y el oratorio bosconiano resucitó el primer domingo de diciembre de 1901. Misieri en su carta habla de “hemos inaugurado” el oratorio festivo en San Salvador. El encargado fue el novel sacerdote Pedro Martín, contando con la ayuda de Esteban Tosini y del clérigo Hugo Lunati. Salían de Santa Tecla el sábado por la tarde y regresaban el domingo por la tarde. A fines de diciembre asistían más de 140 oratorianos y se miraba con gran esperanza su futuro.

El lector atento podría decir en este punto: “A fin de cuentas, ¿en qué quedamos?” Posiblemente habría que decir que antes de diciembre de 1901 el oratorio Don Bosco estuvo funcionando con altibajos y sin mayores recursos humanos y materiales. Todavía no queda claro si su inicio remoto fue en mayo de 1899, como dice Misieri, o a principios de 1901. De 1900 no hay noticias. La mayoría de los testimonios se inclinan a favor de un inicio modesto hasta principios del año 1901 (carta de Pedro Martín). Una noticia similar se encuentra en el Bollettino Salesiano de febrero de 1903. 📖

Amplio espacio para todos

La Ciudadela Don Bosco en Soyapango (El Salvador) es un gigantesco complejo educativo que ocupa 32 manzanas de extensión. Se divide en cinco grandes unidades: la universidad, el colegio, la parroquia, el centro de capacitación profesional y el oratorio. Se calcula que unas diez mil personas se mueven semanalmente en sus diversas instalaciones.

Las áreas destinadas al oratorio son modernas, amplias y acogedoras. Con capilla propia, salones para catequesis, oficinas administrativas y un área verde envidiable da cabida a dos mil oratorianos organizados en variados deportes, desde fútbol y básquetbol hasta karate, aeróbicos, levantamiento de pesas y scouts.

Los fines de semana el espectáculo es tonificante. Centenares de niños y jóvenes enfundados en uniformes deportivos disfrutan de juegos de campeonato o esperan pacientemente su turno. Campos de fútbol de grama cuidada, un estadio de béisbol perfectamente equipado, campos de básquetbol nunca ociosos y otros campos de fútbol en que los deportistas juegan envueltos en polvaredas casi permanentes.

Los números son elocuentes: en las ligas de fútbol hay 40 equipos de niños, 8 de adolescentes y 19

de jóvenes mayores; la liga de básquetbol cuenta con 24 equipos.


A lo largo de la semana el oratorio está abierto para los practicantes de karate, aeróbicos, pesas y fútbol.

Cinco salesianos, robando tiempo a su descanso, se dedican con pasión a coordinar este vasto servicio a los estratos más humildes de la población. Ellos se centran preferentemente en la formación de los dirigentes de equipos median-

te sesiones semanales y retiros espirituales.

A todos los deportistas se les estimula a un crecimiento humano y cristiano mediante sesiones catequéticas y celebración de la eucaristía.

Causa favorable impresión el hecho de que tal multitud de deportistas y visitantes mantenga una actitud de respeto y aprecio hacia las instalaciones del oratorio, aún cuando el personal de vigilancia es mínimo. Flota en el ambiente un cierto aire de familia, de casa común, de fiesta positiva.

El oratorio de la Ciudadela Don Bosco se ha convertido en el lugar de encuentro para una población saturada que carece de espacios públicos abiertos. 



Con los ojos del corazón

Don Julio Gaitán, coadjutor panameño, vive sumergido en tinieblas permanentes. La crueldad del glaucoma le impide ver la luz. En la intimidad de su cuarto dedica el tiempo a rezar. Le encanta conversar. Rememora con fruición sus largos años de vida salesiana. Su corpulencia no denota que ya lleva vividos 81 años.

Sus formidables energías de otros tiempos las dedicó al duro trabajo de una tenería que la inspectoría salesiana gestionó por muchos años para financiar sus obras apostólicas.

El trabajo en el oratorio le vino accidentalmente. Su gran amigo y compañero, el entonces salesiano, P. Rafael Chacón había recibido la responsabilidad de animar el oratorio salesiano, adjunto al Colegio Santa Cecilia, en Santa Tecla (El Salvador). Viendo que las tareas a atender lo abrumaban, invitó a don Julio a que le ayudara en el oratorio.

Así nació una pasión que absorbería totalmente su corazón. De ayudante, terminó como responsable directo. Durante cincuenta años el oratorio fue su “descanso” de fin de semana.

Su voz pausada, potente y paternal resonó por medio siglo en los salones y patios del Oratorio San Luis Gonzaga esparciendo el buen mensaje, la anécdota humorística o el saludo cordial.


Su presencia “oratoriana” en Santa Tecla ha calado tan hondo que la municipalidad quiso reconocer oficialmente este servicio educativo a la población más humilde. La avenida que corre al costado del ora-

torio ahora lleva el nombre oficial de “Avenida Hermano Julio Gaitán”.

Don Julio ya no puede ir al oratorio, porque su ceguera se lo impide. Pero contempla todos los días la multitud de sus amigos oratorianos que han vivido con él a lo largo de cincuenta años. Mantiene correspondencia epistolar con muchos de ellos que residen en Estados Unidos.

Don Julio ha estado dotado siempre de un ingenioso sentido del humor. Cuando habla de sus años de vida oratoriana, se le siente la profunda satisfacción de una tarea,



talvez muy sacrificada, pero que le ha dejado alegrías inolvidables. 

Opción de vida: catequista del Oratorio

Erica Acosta tiene 28 años. Durante el día trabaja como maestra y por las tardes estudia en la Universidad Don Bosco. Los fines de semana los transcorre en el Oratorio de la Ciudadela Don Bosco, donde colabora como catequista. Son ocho años de vida dedicada al oratorio.

Su apariencia sencilla, con un aparente halo de timidez, le facilita el acceso a los niños, que se relacionan con ella con respetuosa confianza. De hecho, no hay barreras entre ella y los niños, que la siguen absortos.

Se siente salesiana. De la convivencia con salesianos ha aprendido los secretos del sistema preventivo. Sus estudios en la Uni-

versidad Don Bosco y el trabajo en equipo han fortalecido su identificación con Don Bosco.

Su empeño es ofrecer a sus niños una catequesis vital, que ilumine sus problemas y les ayude a vivir mejor.

Debe hacer malabarismos para encontrar tiempo para trabajo, estudio y cuidado de la casa. Pero por nada del mundo sacrificaría los preciosos fines de semana dedicados al oratorio.

Regresa a casa cansada, pero satisfecha porque sus niños van creciendo bien orientados. Le da gusto encontrarlos por la calle y ver con cuánto cariño se le acercan.



UN MEGAORATORIO



Un sistema de ampliación de sonido, pomposamente llamado Radio Don Bosco, sirve de enlace y animación de todos los equipos diseminados en tantos campos deportivos. Una dosificación inteligente de música y breves mensajes de animación crea el ambiente festivo en el vasto enjambre juvenil. Los jóvenes se turnan ante los micrófonos luciendo entusiasmos de aficionados a la comunicación social.

Cada sábado y cada domingo las 22 manzanas de terreno del Centro Juvenil Don Bosco, en Managua (Nicaragua), son invadidas pacíficamente por una multitud de niños, jóvenes y adultos.

Sus 7 campos de béisbol, seis de fútbol y 6 de básquetbol son insuficientes para que alrededor de dos mil deportistas participen en las continuos campeonatos que se suceden sin parar a lo largo del año.

Las diversas ligas deportivas animan y coordinan los juegos de 68 equipos de básquetbol, 105 equipos de fútbol y 26 de béisbol, que incluyen desde pequeñines hasta gente madura.


Además, están los jóvenes que juegan partidos improvisados en los resquicios de tiempo en que alguna cancha está libre. O los que obtienen autorización para desarrollar sus propias actividades deportivas organizadas al margen del entramado deportivo propio del Centro.

Hay que añadir la no menor multitud de los que vienen simplemente a ver jugar, a distraerse en una ciudad que ofrece poquísimas oportunidades de esparcimiento. El Centro Juvenil viene a ser como el gran espacio donde confluye una marea humana respetuosa y encariñada con la casa de Don Bosco, que ha resultado ser la casa común.

El fin de semana se divide en cuatro grandes períodos sucesivos: dos el sábado y dos el domingo. Cada uno de ellos arranca con una concentración de todos los jugadores de turno que, en uniforme deportivo y agrupados por equipos, reciben el saludo salesiano de bienvenida, oran brevemente y son estimulados a cultivar los valores humanos y cristianos. Este es un momento muy apreciado por los participantes.

Los deportistas son invitados oportunamente a participar en la celebración eucarística dominical adaptada a su condición. La iglesia parroquial se llena entonces de uniformes deportivos y piedad desenfada, donde el entusiasmo suple las disonancias de los cantos o la oración a borbotones.

A lo largo de la semana, por las noches, cada directiva de deporte tiene su sesión de trabajo para programar encuentros, dirimir conflictos y asimilar el espíritu salesiano.

Tanta población, predominantemente juvenil, reunida en una extensión tan grande y con una vitalidad volcada en competencias deportivas podría ser el terreno fértil para los conflictos. Curiosamente, los casos problemáticos son raros y casi no se registran daños ambientales. Los jóvenes han ido aprendiendo que esa es su casa común, que respetan y aprecian 

Un salesiano para los oratorios

Don Virgilio Vargas, salesiano coadjutor costarricense, tiene 84 años de edad y padece de una deficiencia cardíaca seria. Pero no se ha dejado tentar por un mullido sillón. Continúa impertérrito con su trabajo en el oratorio, algo que viene haciendo desde que se asomó a la vida salesiana.



Cada noche don Virgilio abre las puertas de su sencillo oratorio a sus desarrapados muchachotes de Granada (Nicaragua). Éstos juegan básquetbol o juegos de mesa, o simplemente están allí, a la sombra de este patriarca corpulento que los quiere. Al final, bañados en el sudor de la noche calurosa, se reúnen para el rezo de las oraciones y las consabidas buenas noches. Así cada noche.

“Quiero que me encuentre la muerte trabajando en el oratorio”, dice don Virgilio con voz tranquila.

A los pocos días de haber ingresado el joven Virgilio al aspirantado de Cartago (Costa Rica), el direc-

tor lo encargó dar inicio al oratorio. Aquel joven lleno de ilusiones por quedarse con Don Bosco no tenía ni idea de qué se trataba. Pero resultó ser el descubrimiento de su segunda vocación: ser salesiano para los oratorios.

Con el pasar de los años fundó los oratorios de Cartago, Granada, Divina Providencia (Guatemala), Panamá y Managua (Nicaragua).

Desde 1964 reside en Granada, y su pasión no ha cambiado. “Es la obra de Don Bosco”, dice con sabiduría salesiana. Su opción de toda la vida ha sido trabajar con gente pobre y humilde. Se siente orgulloso de que su oratorio de

Granada haya sido el terreno donde han germinado vocaciones: un coadjutor y dos sacerdotes, uno salesiano y el otro diocesano.

Recuerda con nostalgia cuando en 1946 el entonces inspector P. Pedro Tantardini le entregó una pelota de fútbol, setenta y cinco dólares y la orden de fundar el oratorio de El Guarda, en Guatemala.

Confiesa que le agrada encontrar con frecuencia adultos que le expresan su agradecimiento por los años vividos en el oratorio. “Para muchos de ellos fue la única oportunidad de formación que tuvieron”, dice con evidente satisfacción.



EL FLAUTISTA DE HAMELIN

El flautista tocó una dulcísima melodía una y otra vez, insistentemente. Pero esta vez no eran los ratones quienes le seguían, sino los niños de la ciudad quienes, arrebatados por aquel sonido maravilloso, iban tras los pasos del extraño músico. Cogidos de la mano y sonrientes, formaban una gran hilera.

El P. Carlos Martínez, conocido universalmente como Padre Carlitos, tiene 72 años y un alma de niño candoroso. Como una versión actual del flautista de Hamelin, cada sábado por la mañana sale a recorrer las calles cercanas al Centro Juvenil de Managua. Su flauta es su cautivante sonrisa. De las humildes casas del vecindario van saliendo niños que se le unen gozosos. Regresa con unos cuantos centenares para iniciar “su” oratorio.

A esta multitud de niños sumamente pobres les basta poco: caramelos, juegos, oración simplificada. Quizás lo que más apetece es sentir el cariño del P. Carlitos.



Como si fuera mi casa



Don Pedro Antonio López Estrada, 37 años, es un hombre corpulento, pleno de vitalidad reposada. Su torre de mando es exageradamente estrecha para el pequeño imperio a su cargo. En su compacta oficina logra milagrosamente

la mañana hasta las seis de la tarde.


A los ocho años de edad puso pie en esta obra salesiana tan popular. Lo que más le ha impactado han sido los salesianos. Influyeron

reunir a sus “subalternos”.

Sus subalternos son todos los dirigentes de los equipos de fútbol y básquetbol del Oratorio de Managua. Don Pedro es el coordinador general de ambos deportes. Esta tarea le absorbe tres horas diarias durante la semana. Sábado y domingo está ocupado en el oratorio desde las siete de

poderosamente en él el coadjutor Santiago Billekens, el P. Florindo Rossi y el P. Agustín Vásquez. Le cautivó el modo como esos adultos se acercaban a los niños y jóvenes y su disponibilidad para ayudar sin afán de lucro. Se siente orgulloso de haber conocido a tantos salesianos de quienes ha aprendido mucho.

Su experiencia positiva como oratoriano lo impulsa a hacer que los niños y jóvenes de hoy puedan vivir una experiencia similar a la suya. Con el tiempo ha ido adquiriendo la sensibilidad salesiana para detectar a niños con problemas. Reconoce que no basta el juego; la catequesis es fundamental para orientar la vida de esta muchedumbre juvenil. Le satisface profundamente constatar los cambios positivos que se van verificando en los muchachos.

“El oratorio es cómo si fuera mi casa”, dice con una ancha sonrisa. 

“CREO EN EL ORATORIO”

Enrique Alvarado es un cooperador salesiano que dedica 18 horas semanales a trabajar en el oratorio. Sin contar las horas extra por urgencias del mismo.

Vive en San José, Costa Rica, tiene 57 años, está casado, dos hijas y un hijo son su orgullo. Gracias a que está jubilado, puede disponer ampliamente de su tiempo para servir a los jóvenes de Don Bosco.

Su dedicación al oratorio no es de ahora. Lleva 21 años de dedicarse a jóvenes que llevan una vida erizada de dificultades por las pocas oportunidades que encuentran para crecer.

Enrique tuvo una vida económicamente estrecha, compensada con una fuerte vivencia espiritual asimilada en una familia sólidamente cristiana. Desde muy joven debió trabajar en

condiciones de explotación. Pudo estudiar gracias a su tesón indomable, robando horas a la noche.

Esa experiencia personal de la dureza de la vida lo hace sensible a las dificultades que encuentran tantos jóvenes que crecen en parecidas circunstancias a las que él experimentó.

Comprende de sobra que es una pastoral difícil. Lo ha motivado mucho el haber conocido gente valiosa en el campo espiritual. “Creo en el oratorio”, dice con un suspiro muy hondo.

Las largas horas gastadas en atender a los oratorianos, si bien lo cansan físicamente, también lo renuevan en vitalidad. “Mi esposa nota que llego transformado a la casa”, dice con evidente satisfacción.

Confiesa que el estar con los jóvenes lo hace feliz, lo enriquece espiritualmente y ha unido a su familia. 